

# EL ABOMINABLE

**Pedro Félix Novoa**

*"...Pronto amanecerá el  
día en que les venceremos.  
Sé que el cielo, que fue indiferente  
a sus atroces victorias,  
Seguirá siéndolo a su justa derrota.  
Tampoco hoy espero nada de él".  
Albert Camus*

En Laderas, las cosas se complicaron con el regreso de Fedor II y los suyos. Aquellos jinetes de cabezas rapadas y la inconfundible manía de extirpar las orejas con sus propios dientes, los habían vuelto el doble de temibles que sus melencolios predecesores. No obstante, su fama no llegaba sólo a eso. Eran tipos realmente malvados, comían carne cruda y bebían el licor de las raíces hasta la inconsciencia misma. Y cuando despertaban, su perversidad los volvía imperdonables: ultrajaban todas las mujeres que podían, y pisoteaban niños con sus caballos, como si estos fueran pelotitas humanas de un juego macabro.

Sin embargo, los ladereños temíamos más a Fedor II que a todos sus rapados jinetes juntos. Tanto, que nuestra sangre palidecía con el sólo hecho de escuchar su nombre. Casi nadie lo había visto de frente, sólo los más desgraciados habían tenido semejante privilegio. Cuentan quienes lo habían hecho, que tenía una cabeza parecida a una inmensa roca blanca. Cabeza que lucía impecablemente afeitada al rape, y tatuada a los costados con el emblema de la maldita casta que él había iniciado: una cimitarra entrelazada por dos serpientes.

Tenía los ojos hinchados y enrojecidos por una rabia ancestral, que no se saciaba ni con las más terribles infamias. Dicen que sus miembros, al igual que su cabeza, eran impresionantemente enormes. Sus brazos parecían piernas y sus piernas, dos troncos de árboles descomunales. Tenía por tanto la corpulencia, de dos hombres por largo y unos tres por ancho. De ahí la imposibilidad de montar a cualquier bestia.

Cuando quería divertirse, escogía el decapitamiento de roedores como pasatiempo predilecto. En las primeras horas de la mañana, atrapaba a las ratas con sus propias manos, y luego, se las introducía en la boca hasta la altura del pescuezo, y ahí de un certero mordisco las descabezaba. De inmediato, masticaba los huesos del cráneo, haciéndolos crujir hasta molerlos del todo. En algunas ocasiones, cuando eran demasiado enormes, los ojos del animal saltaban disparados hacia cualquier lugar. Este tipo de acontecimiento era celebrado con euforia por los soldados que rompían el silencio de la madrugada con sonoras carcajadas. Daba la impresión de que se tratara de hienas celebrando las hazañas, de la más bellaca de ellas. Luego, recogían los decapitados y regordetes cuerpos de los roedores, para asistir a un lamentable desayuno que me apiado en no detallar.

Cuando estaba triste, que era una sola vez al año, solía quedarse completamente quieto esperando que la congoja lo abandone. Y si a pesar de todo, una lágrima osaba asomarse a su rostro, ordenaba que le tiraran tierra a los ojos. Dicen que una vez descubrió a un miserable hombre mirándolo mientras apesadumbrado, observaba un dije de plata en las manos. Atrapó al hombre, y lo castró él mismo con los dientes.

Cuando tenía lo que los seres normales, llamamos deseos carnales, jamás tocaba a una mujer. Su predilección eran las cerdas tiernas. A quienes cogía a contranatura, mientras que

de su entreabierta boca, salía una colosal lengua y un reguero de baba por todo el suelo: señales inequívocas de su total satisfacción. No paraba aquella atrocidad, hasta que la cerda moría desangrada.

Así era Fedor II, el hijo bastardo que complotó con su madre la muerte del valiente y magnánimo Fedor I, apodado no por casualidad, el grande, allá por los años 400 en un lugar llamado Laderas. Lugar donde mi pueblo y yo, fuimos testigos y víctimas de los excesos de aquel detestable monarca por dos largos e insufribles reinados. Y por todo lo padecido, soportado y renegado, le apodamos con toda justicia: el Abominable.

Iniquidades mayores aguardarían a Laderas, y a sus sufridos habitantes. El día nefasto que hizo coincidir el primer cuarto menguante del año 410, con la idea de los cabezas rapadas de celebrar el segundo entronizamiento de su Abominable adalid.

Los seguidores del maldito emblema de la cimitarra con las serpientes entrelazadas, mandaron el atropello masivo de cien niños, para las doce de la noche en punto. Todo el pueblo se estremeció con la idea de semejante sacrificio, y lanzando como flechas airadas, las miradas al cielo. Suplicaron que el tiempo esquive esa lapidaria hora. Como suele suceder en las terribles matanzas, el cielo hizo gala de su escudo indiferente. Los caballos de los cabezas rapadas, relincharon más feroces que nunca, mientras preparaban sus inmundas pezuñas para un infanticidio más.

Los padres, movidos más por un sentimiento de orgullo que paternal, inmolaron a sus hijos, antes que se cumpliera el plazo indicado. Los cabezas rapadas, chillaron como cerdos recién capados. Furiosos, arrancaron más orejas de las habituales. Y luego, llevados por un instinto de revancha, atraparon a trescientas mujeres, y se las llevaron en caballos airados al degolladero.

Esa medianoche, gracias a las afiladas cimitarras y el enfurecimiento de quienes las empuñaban: las cabezas de las desafortunadas, volaron de sus cuerpos como semillas arrojadas al viento. La tierra ladereña recibía la sangre de sus mujeres y el llanto desconsolado de sus hombres. Dos terribles plantas crecerían con estos riegos: el resentimiento, y la venganza de todo un pueblo.

Ante la tumba de mis dos hijos y de Clarisa, mi mujer. Renové el juramento que un día hice al anciano Pafónico, el sabio de la luenga barba: contar los secretos más sucios del Abominable, y no parar hasta que alguna cimitarra pase por mi cuello.

Supongamos que me llamo Apeirón, y lo que sucedió aquel día en el chiquero mayor, no estuvo previsto por nadie. El Abominable, estaba invadido por un ataque violento de lascivia nunca antes visto. Estaba insaciable y feroz, dos cosas que jamás deberían ir juntas en una bestia como él.

En doce horas, había sodomizado y matado a veinte desventuradas cerdas. La sangre y las descargas seminales habían formado con la tierra del chiquero, un barro rosáceo y maloliente. A veces, algunas puercas defecaban antes de morir. Esto, lejos de irritar al Abominable, lo entusiasmaba a sobremanera. De inmediato, atrapaba un poco de excremento con la mano, y se lo llevaba a las fosas nasales. Aspiraba el hedor con fuerza y deleite, como si esto se tratara de alguna sustancia adictiva o algo así. Por último, se lamía los dedos para probar el sabor de su vicio y satisfecho miraba hacia el infinito. Y si hubieses podido verlo. En sus ojos hubieses encontrado, el brillo que dicen los hechiceros alumbra el infierno.

Ese día en el chiquero mayor, sucedió lo inaudito: una cerda luego de ser violentada, logró escapar. La puerca se había librado de la muerte, pero no de la simiente del Abominable.

La prófuga se encaramó en los arbustos más empinados y lejanos que encontró en el bosque ladereño. Completamente exhausta comprobó gracias a un tímido claro de luna, que su vientre se pronunciaba. En sólo unas horas, la semilla del Abominable, inexplicablemente había germinado en los intestinos de la cerda.

Como un malsano bicho, o un eficaz parásito, el nuevo ser se fue nutriendo de los desperdicios que su progenitora acumulaba en el intestino grueso. Pasado el tiempo de

gestación, la preñada cerda comenzó a languidecer. Al dar su último exhalo de vida, lo defecó.

El engendro había nacido macho, con una impresionante nariz porcina, que amenazaba como puño entre sus dos ojos. Era alto, fornido y temerario. Desde temprana edad, por la forma de berrear por sus alimentos, se comprobaba que iba a ser nefasto. El tiempo, ese cruel despejador de incertidumbres, lo probaría sin contemplaciones.

Sin embargo, esta criatura no aparecería sino después de la gran sequía que asoló el pueblo de Laderas por casi doscientos cielos negros. El segundo reinado de Fedor II sufría sus primeras bajas. Lo que no había logrado la minúscula pero heroica resistencia en años, lo estaba haciendo la sequía en horas.

El Abominable desde su palacio rugía, maldiciendo de día al sol; y de noche, a la luna y a las estrellas. La desesperación por la existencia había alcanzado un grado caótico. En el terreno baldío de Laderas sólo crecía la desesperanza. Y lo único que podía sobrevivir tendría que tener lo suficiente de miserable, terco y feroz. De estas tres cosas la resistencia se alimentó.

Fue cuando, el sabio Pafónico, el de la lengua barba, nos reveló el secreto de nuestra futura segunda victoria: Tendríamos que alimentarnos de piedras por un tiempo y beber el acre sabor de la paciencia. Nos dijo también, que deberíamos esperar a que el hijo del Abominable, salga de su guarida a buscar comida, y convencerlo de que su aspecto deforme y atroz no era impedimento para ser un Príncipe. “Serás tú Apeirón, quien lleve el dictamen” me dijo en su inconfundible dialecto babilónico.

Esa noche no dormí. Comencé a masticar algunas pequeñas piedras mientras imaginaba lo que me esperaba. Pude notar que al triturar las rocas, algo dentro de mí se hacía pedazos. Era aquello que los bajos hombres, conocen como cobardía. Avergonzado salí de mi covacha y le dije a un camarada que me azotara unas trescientas veces.

Cuando por fin lo vi, el bestial ser estaba desesperado, preso de una hambruna prolongada. Estaba arrodillado, olfateando por los rincones exteriores de la cueva que le había servido hasta hoy de morada. Su horrible hocico se restregaba por el suelo, rogando que aparezca aunque sea un pedazo de carroña.

Los temblores de cobardía volvieron a mi pecho al ver los colosales colmillos que se le escapaban de la boca. Entonces, me restregué las llagas de mi espalda con las manos. Los trescientos latigazos renovaron su lección de valentía en mi lacerada piel.

Armado con dicho ardor, caminé tan recto y orgulloso como un rayo de sol ante cualquier pupila.

Cuando lo tuve cerca, su deformidad aplacó mi temor, trocándolo por asco. Su aspecto combinaba lo fiero de un animal con lo abyecto de un hombre. Su cabeza, era la de un cerdo; y la manera de olisquear al suelo, la de un miserable. Aquella condición imprimía un deseo irrefrenable de golpearlo. Sólo sus ojos hacían en él una ligera promesa de humanidad, pero muy ligera. Me contenté con gritarle:

–El pueblo de Laderas me envía a decirte su dictamen. ¡Oh príncipe heredero!

Comenzó a gruñir, enseñándome nuevamente sus amarillentos colmillos y su enorme nariz de puño. Al tiempo que cambiaba su apacible mirada por una de ferocidad y desconfianza. Hice un ademán de sumisión.

–Estoy aquí para decirle, que usted tiene que matar al Abominable, y liberar a todo un pueblo de la opresión.

Fue cuando se abalanzó contra mí y comenzó a morderme por todos lados. Las dentelladas eran terribles como el hedor de su pelambre. Pero la misión que llevaba, me obligó a ser impasible y sagaz. Logré escapar subiéndome a la cúspide de un gran árbol. Y desde ahí pude otear a aquella bestia.

Desde esa altura pude ver también el mundo que me esperaba. Me pareció igual a aquel ser: amenazador, feroz y repugnante.

Morgana, la mujer de Fedor I el grande, memorable por tener un enorme trasero y ser la

más indecente de la corte. Estaba presa desde algunos años del vicio irrefrenable de la lujuria y se pregonaba que su esterilidad con el rey, se debía a esto.

Esta gula carnal, la había hecho cometer tropelías tan grandes como sus tiránicas nalgas. Un día se hizo montar por cincuenta mulos a la vez, y en medio de la efervescencia de su vicio, planeó el regicidio.

Los leales pobladores de Laderas, que entre ellos me puedo contar, hicimos que fracasara su intento de asesinar al rey. Las huestes de la reina fueron derrotadas en todos los enfrentamientos. Los prisioneros de guerra, cobardes y ruines como sus propósitos, confesaron en los primeros decapitamientos, quién era la gestora de sus bajezas.

El rey ordenó la búsqueda, captura y ejecución de Morgana, su mujer. Esta entonces, huyó hacia los montes, y consiguió la ayuda de uno de sus innumerables amantes. Un procaz hechicero llamado "Babas Largas", que hablaba con un recipiente debajo de su boca, para recibir la saliva que se le escurría entre cada palabra.

El hechicero le dijo que la única manera de acabar con Fedor I el grande, era teniendo un gran ejército. Donde los hombres tendrían que ser feroces y fuertes como una maldición o como la cúspide de una montaña en invierno.

Fue que el hechicero convocó a cien criaturas diabólicas, para que cubrieran a la reina Morgana en una noche de luna llena. La cópula fue tan terrible, que los árboles testigos de estos innumbrables actos, decidieron en protesta, jamás germinar.

Luego de unos meses, el hechizo dio sus frutos: durante cien medianoches, las piernas de la reina Morgana se abrieron para parir a la nueva legión. Las criaturas eran seres melenudos, que crecían tan rápido y fuertes como los caballos.

El hechicero le dijo, que aún faltaba un parto. Tendría que ser cubierta nuevamente por el centenar de criaturas. Pero con la diferencia de que en esta vez, sólo saldría un engendro: el adalid.

Y así fue, los endemoniados seres tomaron a Morgana por segunda vez, y la cubrieron uno tras otro por cien cielos oscuros. Meses después, esta abrió las piernas nuevamente, para parir al futuro sucesor del rey. Este nació, Morgana usurpando el nombre magnánimo de su esposo, le puso Fedor II, el sucesor.

La reciente madre amamantó a su criatura con la leche agria de su depravación. La primera lección que le enseñó a su hijo, fue que tendría que matar a su padre; y devorarlo de inmediato los testículos. Para asegurarse que jamás la simiente de este gran hombre se propague por ningún pedazo de tierra en toda Laderas.

Fue así, que el rapaz fue creciendo. Cuando tuvo la edad en que podía subir solo a los caballos, fue directamente a la casa de su padre, fingiendo querer conocerlo. Fedor I, el grande, se conmovió al saber que tenía un hijo que venía a verle. Le ofreció una sonrisa y la confianza de sentarse a su diestra.

El rey, magnánimo como el sólo, declararía en un arranque de júbilo, que ya tenía un heredero. Y que podía morir en paz. Toda Laderas lloró aquellas palabras, sintiéndolas como un mal presagio. El llanto no se equivocaría.

Un mes después. Empalado en la cúspide del palacio. Fedor I, el grande, moría de la manera más innoble. Antes de haber sido incrustado de aquella forma, su hijo había cumplido al pie de la letra el encargo de su madre: Lo había castrado con sus propios dientes.

Fedor II, empuñó por primera vez el báculo dorado de Laderas, en una de las ceremonias más lúgubres que se hayan visto nunca en estos lares. El pueblo tenía la mirada y el corazón por los suelos por la muerte del querido rey. Además desconfiaban del sucesor, y de la explicación que había dado este sobre la muerte de su padre.

El nuevo monarca quiso remediar la melancolía y recelo de los ladereños, preparando licor de raíces para todos. Los habitantes lo bebieron pero eso no calmó nada. El verdoso licor por el contrario, avivó el desánimo; y el agujón de la venganza se clavó en las lenguas de todos. Gritaron dolidos: "¡Queremos saber el culpable!"

Fedor II, consultó con el hechicero "Babas Largas" sobre qué tenía que decir a la enfurecida turba. El hechicero, rebalsando su recipiente de saliva, sentencio: Entrégales un culpable. Dales en bandeja de plata la cabeza de tu madre.

Fedor II, después de pensarlo por lagunas horas, fue literal.

El pueblo ladereño al ver la cabeza de Morgana en la fuente, recuperó la luz en los ojos. Pidieron a su monarca más licor de raíces que lo habitual. Había motivos de sobra para emborracharse. Sintieron de pronto, que aquella fuente de plata, era la más hermosa de todo el mundo.

El despiadado monarca, no dio indicios de remordimiento alguno por el asesinato de su madre. Sin embargo, ocultó a partir de ese día, un dije de plata en donde dicen algunos está el retrato de Morgana, luciendo su abundante e impecable cabellera.

Fue que apareció el gran sabio Pafónico; el que hablaba con voz grave y en dialecto babilónico. De larga barba blanca, Pafónico regresaba a Laderas después de muchísimo tiempo. Su regreso era por la muerte de uno de sus más queridos pupilos: Fedor I, el grande.

Pafónico, tenía la rabia alojada en los ojos y el fuego en la garganta. Con voz hiriente y inflamante mirada, convenció a toda Laderas que no había mejor camino que seguir para vengar la vil muerte de Fedor I, que el sacrificio. *"Os podrán arrancar las orejas de un mordisco. Pero hará falta más que una miserable dentellada para extirpar del corazón: la rabia de todo un pueblo".*

Ese día, durante toda la noche, el sabio anciano se encargó de forjar con sus candentes palabras, el hierro de los machetes que nuestra venganza empuñaría: *"A diferencia de las cimitarras, que tienen como esencia el poder real, los machetes alojan en cada partícula de su brillo, la fuerza popular. Esta noble arma no sólo sirve para asesinar, en tiempos de paz ayuda al campesino en sus labores de alimentar a un pueblo. Sin embargo ahora, es tiempo de alimentar nuestra dignidad. ¡Que así sea!"*

Todos tendrían que luchar contra los bárbaros y melenudos soldados de Fedor II, el usurpador. El anciano maestro avivó el heroísmo del pueblo derramando lágrimas de sangre, mientras proclamaba las últimas arengas para el inicio de la rebelión.

—¡Ensilien vuestros caballos camaradas y afilen vuestros machetes! No sólo Morgana, la cerda, fue la culpable de la muerte de nuestro querido monarca. Fue su hijo quien lo castró con sus propios dientes antes de empalarlo en el puntal del palacio. ¡Muerte a Fedor II, el usurpador! —gritó el sabio Pafónico en su encendido dialecto.

—¡Muerte a Fedor II, el usurpador! —repitió a manera de réplica, la enfurecida multitud. Ninguno de mi pueblo entendía estas babilónicas palabras, pero eso no impidió que las gritaran con honra.

Doscientos cielos negros seguidos, con sus correspondientes amaneceres, fueron testigos de las insufribles batallas que libraron los gloriosos machetes de la resistencia, contra las cimitarras del ilegítimo rey. La única manera de matar a un guerrero del usurpador, era inmolando a cinco ladereños juntos. Mi pueblo, que tenía en esa época los ojos rojos, y el fuego en el corazón, no duraron un segundo en prodigar sus vidas, en nombre de la noble causa.

Al final, Fedor II fue vencido, y huyó con un puñado de los suyos hacia el bosque, arrastrando por el suelo sus derrotadas cimitarras.

El sabio Pafónico, el de la luenga barba, entonó un canto mesopotámico en medio de la plaza por el triunfo del pueblo. La población había quedado reducida a unas decenas solamente. A excepción mía, nadie conocía aquel canto. Sin embargo, todos sintieron aquella melodía, como la más pura que atravesaría alguna vez sus oídos y sus memorias.

Ese día en Laderas, después de mucho tiempo sin hacerlo, los rostros estiraron una sonrisa.

—Vos serás Apeirón —me dijo el sabio Pafónico— quien escriba la historia de vuestro pueblo. Nunca olvidéis a los mártires que inmolaron sus almas de fuego. La ingratitud es el privilegio de los corazones inferiores y los pueblos miserables. La vida sin memoria, no sólo es fea; sino

sucia –afirmó en su singular dialecto.

Yo era uno de los pocos que entendieron aquellas palabras. Y comprendí que algo más horrible que la ingratitud, aún no había sido inventado.

–Acepto sabio Pafónico vuestras palabras, y las repetiré mientras pase saliva mi boca y luz atraviese mis ojos. Y jamás algo que merezca ser recordado se escapará de ser escrito. Mi pluma entre mis dedos, dibujará siempre, letras implacables –aseveré.

Esa fue la promesa que hice, el día más importante de mi vida. Y algo de la luz de aquel sabio, quedó iluminando en mi alma.

Fedor II encaramado en los montes, exigió más de la cuenta a los pocos guerreros que lo habían acompañado. Pidió a sus melenudos combatientes, conseguir carne tibia y licor de raíces antes del siguiente cielo negro. Los sufridos guerreros, consiguieron solamente hierba y agua fresca. Fedor II, al recibir aquello, lo tomó como una blasfemia.

Minutos después de que el cielo se oscurecía, las pieles y la sangre de los últimos melenudos, se convertían en la carne y en el licor, que no habían podido conseguir.

A la mañana siguiente, después de que la ebriedad del crimen pasó. Fedor II, se halló completamente solo en medio del bosque. Encolerizado con su destino, escupió al cielo hasta que su lengua se ensangrentó. De pronto, apareció la silueta inconfundible del hombre que sujetaba un recipiente debajo de la boca.

–¡Qué grata sorpresa hechicero Babas Largas! –exclamó contento Fedor II, al reconocer aquella familiar figura.

–¡Salvo por siempre, querido monarca! –respondió haciendo una venia el hechicero.

–Supongo que algo mejor que el viento os ha traído hacia mí.

–Si majestad, una gota de uno de vuestros encolerizados escupitajos destrozó la covacha donde vivía.

–Has venido a reclamarme entonces.

–Jamás, eterno monarca. Al reconocer que sólo el prodigio de vuestra cólera podría hacer aquello. Hice el cálculo de la parábola que había hecho el extraordinario escupitajo vuestro.

–El dominio del arte del cálculo es admirable tanto como vuestra lealtad, querido Babas Largas.

–Gracias majestad. He venido a decirle dos cosas. Una que vuestra merced ya sabe, pero que merece ser recordada; y otra que desconoce, y que amerita tanto como la anterior, ser considerada.

–Dime ambas sabio hechicero.

–La primera es que vuestra merced necesita un gran ejército para volver a empuñar el báculo dorado de Laderas...

–Eso ya lo sabía ¿Y la segunda? –interrumpió impaciente Fedor II.

–La segunda, es que el sabio Pafónico está diciéndole cosas al pueblo de Laderas en su revoltoso dialecto babilónico.

–¿Y que hedor nefasto está saliendo de esa podrida boca?

–Cosas terribles: como que la vida sin memoria, no sólo es fea; sino sucia.

El bosque ladereño esta vez estaba sin luna ni estrellas. La oscuridad se envolvía con un espeso silbido del viento. No había ningún animal alrededor, inmóviles por unos segundos, los dos hombres parecían detenidos en el tiempo. El odio de Fedor II, comenzó a latirle en la sangre, golpeando e inflando calladamente las venas de su inmensa cabeza.

–Ese desgraciado anciano se encontrará algún día conmigo, y le cobraré segundo a segundo, todo el maldito tiempo que ha empleado en dejarse esas canas y prolongadas barbas.

–Pero no perdamos tiempo en especular que hará aquel longevo charlatán. Ahora lo importante es tener un nuevo ejército –interrumpió el hechicero.

–Tienes razón Babas Largas. Necesito un nuevo ejército.

Todos mis leales hombres fueron arrasados. Solo me queda una miserable yegua de la colosal legión que un día encabecé.

–Con eso es suficiente...

–Explícate mejor, sabio Babas Largas, tus palabras comienza a empaparse de acertijos.

–No pretendo misterios majestad. Seré bastante claro.

Vuestra merced necesita un ejército. Y yo lo que necesito para dárselo es vuestra colaboración, eso es todo.

–Pues la tienes hombre. ¡Explícame cómo lo podrás conseguir!

–Fácil, mi querido rey. Mediante un hechizo que ejecutaré, volveré a las crías que vuestra merced tenga con la yegua, en los más fieros y despiadados guerreros que se hayan visto nunca...

Fue que esa misma noche. Fedor II, cubrió a la yegua en mil y un modos.

En aquella terrible noche, Babas Largas hizo un hechizo adicional para que el animal pueda alumbrar. La yegua por encantamiento cobijó mil y un engendros en su vientre. Y luego, los paría a través de interminables e intercalados vómitos.

Al amanecer, los engendros gateaban por la hojarasca del bosque.

–¡Qué crezcan rápido, como los caballos! –exigió Fedor II, el usurpador.

Y crecieron rápido. Tan rápido, que ya para el atardecer pudieron subir ellos solos, a los corceles que Babas Largas, acababa de traerles.

Pero había algo que a Fedor II, no le gustaba de sus engendros. Sus cabellos eran tan largos como sus anteriores soldados Y esto inevitablemente trajo el recuerdo de la madre que tuvo que decapitar un día, para conservar el poder. ¡Que se rapen todos!, fue la orden.

Fedor II también se rapó.

Babas Largas pensó que era el momento de tener un emblema para la nueva casta que había surgido. Fue que Fedor II, el usurpador, sacó una filuda cimitarra que siempre llevaba entre sus brazos. La puso encima de la mesa y la contempló. Luego, Babas Largas, ya casi con su recipiente rebalsando de saliva, dijo:

–Hermosa como su filo, pero le hace falta algo. Yo me hago presente con estas dos hermosas criaturas

–El hechicero saca dos serpientes venenosas de entre sus colgantes mangas.

De inmediato, los reptiles se entrelazaron en torno a la cimitarra, como queriéndola amar.

–Ahí tiene el emblema, dignísimo Fedor II –dijo el hechicero con la expresión de complacencia en el rostro.

–No puedo negar que es la más hermosa visión: el brillo de la cimitarra cruzado por el peligro elegante de las serpientes –aceptó con una venia Fedor II.

–Es la visión del poder y sus elementos –sentenció el hechicero.

–Ahora tendrás que tatuarme aquella figura en algún lugar del cuerpo –pidió Fedor II, con voz de celebración.

El hechicero arrojó las babas que había acumulado en su recipiente, y al ver la colosal cabeza rapada de su amo, escogió este lugar para hacerle un par de tatuajes a la altura de las sienes. Luego, hizo lo propio con cada uno de los rapados engendros.

–Esta vez lo derrotaremos de una manera distinta que en la primera vez. Pero para ello no debemos olvidar que para matar a una bestia sagaz, tenemos que hacerlo con otra bestia. La mitad de astuta que esta, pero el doble de brutal. Luego todo será más fácil... Hay que recordar que por una vez que la inteligencia vence a la brutalidad, mil veces la brutalidad da cuenta de ella. Comenzaremos usando a la fuerza ajena, para utilizar toda nuestra inteligencia después. –sentenció babilónico como siempre el sabio Pafónico.

Dicho esto. Paseó su grave mirada por cada uno de nosotros. *“Está buscando el elegido, quien haga realidad sus palabras”*, comenzó a murmurar la gente. Fue que clavó sus ojos

en mí: *"Serás tú Apeirón, quien lleve el dictamen..."* me dijo, y comenzó esta arriesgada aventura, que yo continué subido en este árbol.

–Gruchch....–gruñó la bestia de colmillos salientes, señalándome con su nariz de puño.

–¡Calma, calma! –grité.

El terrible ser comenzó a encaramarse al árbol en donde yo estaba. Pensé en las sabias palabras que había dicho Pafónico. Era hora que la inteligencia venza a la fiereza, rogué en silencio que así sea. Mordí un puñado de hojas del árbol, y le escupí un par de veces a los ojos del monstruo.

Cegado por dos emplastos verdosos. La bestia me concedía algunos segundos para actuar. Volví a mascar más hojas, y le volví a escupir en los ojos, tantas veces como fue necesario para hacerle perder el equilibrio y resbalar del árbol.

Cuando la bestia se reincorporó, sobándose pesadamente los ojos. Solo pudo ver el trayecto borroso de una gran roca que iba a su frente.

Lograr enseñarle el idioma de los hombres fue tan fiero como la voluntad que puse en hacerlo. La bestia comenzó a articular palabras casi al año de un arduo y penoso aleccionamiento. En su incipiente lenguaje, pronunció:

–Matar al Abominable es justicia dictada por el destino –aseguró.

–Muy bien –respondí.

El bestial ser había aprendido lo necesario para justificar su existencia en este mundo. Eso y un buen par de machetes, sería todo lo que por ahora necesitaría.

En el mediodía del año 420 en Laderas. Un formidable jinete, hacía alumbrar sus dos largos colmillos, rumbo al palacio real. Un centenar de cabezas rapadas, lo aguardarían.

Bajó del caballo, y olvidó utilizar los machetes que había traído. Instintivamente comenzó a dar dentelladas a diestra y siniestra como un perro que trata de morder a mil fantasmas. El ser de los colmillos salientes, logró prenderse del cuello de una decena de los soldados, decapitándolos de inmediato. Pero esto no evitó que los cabezas rapadas al final, lo desorejaran.

El resto es una historia bien conocida por el pueblo de Laderas. Los cabezas rapadas, luego de arrancarle las orejas, lo ajusticiaron con tres mil tajos en la cabeza.

No valieron de nada las lecciones que le di, de cómo tratar a los hombres y la destreza que le infundí en empuñar un machete con dignidad. No, no valió de nada. Algo había salido mal. Entonces comprendí duramente, que en la historia, las predicciones son tan bellas como inciertas.

Fedor II, incrementaría su ferocidad después del fallido intento de sublevación. Las pezuñas de sus procaces jinetes patearían más niños que de costumbre; y sus cimitarras seguirían brillando por un tiempo más en los cielos de Laderas. El porvenir se volvía ante el pueblo y le daba la espalda. Fue capturado el sabio Pafónico y corrió la misma suerte que su amado pupilo: En una de las más tristes mañanas, apareció empalado en la cúspide del palacio.

A Fedor II, le habían apodado el Abominable.

Tuve la mala suerte, de ser uno de los pocos que pudo ver al Abominable realmente triste, acariciando con pesar un pequeño dije de plata. Donde con cierta dificultad se apreciaba la silueta de una mujer de cabellera larga.

Tengo un manto negro de moscas que me ayudan de vez en cuando a animarme. La infección me corroe por entre las piernas, pero creo que me queda aún tiempo para despedirme. Ser castrado vivo, es una de las pocas cosas que alguien puede soportar de pie.

Es por eso, que para trazar estas líneas lo he tenido que hacer echado y con la pluma entre los dientes. Ya que cuando el Abominable supo que yo era el que escribía las memorias de mi pueblo, me cortó también los brazos.

Logré fugar hace unas horas hasta aquí. Y de alguna manera me siento dichoso por haber alcanzado a consignar todo esto en el papel. En estos momentos estoy oyendo los cascotes de los caballos acercándose a mi covacha. Sé que dentro de unos segundos una cimitarra pasará por mi cuello. Pero antes que esto suceda, los espero acompañado de mi machete vengador.

Sé de sobra que la vida sin memoria, no sólo es fea; sino sucia. Es por eso que no he omitido ningún detalle por más horripilante que este sea. A excepción de mi nombre, y la existencia de un tercer hijo mío. Dos cosas que le prometí a mi esposa Clarisa, dejar en la penumbra en esta historia.

Sólo quisiera decirles a mis hermanos del pueblo de Laderas, que supongan que existió un tal Apeirón, que trató junto al sabio Pafónico, el de la lengua barba, acabar con la segunda tiranía de Fedor II, el usurpador. Que lamentablemente la brutalidad ganó una vez más a la inteligencia. Pero que aún quedan estas memorias, y un hijo por ahí, que sabrá masticar piedras y saborear el acre sabor de la paciencia para acabar con los cabezas rapadas, y su Abominable adalid.

Tengo la esperanza de que estas palabras, sean leídas algún día por ti también, hijo mío. Sé que el olvido lo tengo bien merecido y quizá también la recriminación. Pero cuando sepas realmente que la memoria, no está hecha de llanto sino de fuego.

Sabré cuando mi cadáver esté incrustado en la cúspide del palacio, que algo de la luz del sabio Pafónico te alumbrará en los ojos. Y si te atreves a empuñar este machete vengador, me podré feliz, y mi innoble muerte no lo será; de saber que llevas en el pecho, algo del corazón rebelde de tu padre y la memoria viva de todo un pueblo que por más que sufra: nunca olvida.

**FIN**

#### Sobre el Autor:

Nacido un 19 de noviembre de 1974 en el apacible puerto de Huacho (Perú), Pedro Novoa es un novel escritor que sin embargo en su corta carrera ha obtenido varias distinciones literarias tanto en el Perú como en el extranjero. Si la carrera de un escritor de la corriente principal es difícil, la de un escritor del género de C-F lo es doblemente, Novoa no obstante demuestra que es posible destacar en este difícil empeño haciendo gala de talento y perseverancia. Es uno de los escritores peruanos de CF más activos y que lleva publicados varios relatos altamente recomendables en las revistas más destacadas dedicadas al género.